

Teorías sociales desde América Latina

Social theories from Latin America

Aldo Olano Alor¹

Universidad del Externado de Colombia
aldo.olano@uexternado.edu.co

Resumen

Se propone evidenciar la colonialidad del saber al interior de las ciencias sociales en América Latina y apela a teorías inmersas en el debate organizado alrededor del nuevo paradigma, el posoccidentalismo. Para entender la expansión a escala regional de esta colonialidad, el primer acápite recurre a una metodología transdisciplinar sobre la formación de un conocimiento para los estudios de la sociedad, el científico-racional, en particular el posicionamiento global del método cartesiano como fundamento del saber científico; el segundo, revisa la institucionalización de las ciencias sociales y la misión asignada: fundación de facultades y departamentos en las universidades de la región, agrupando las disciplinas y profesionales encargados de estudiar la sociedad en sus componentes. Estos fueron los mecanismos para preservar la colonialidad del saber en relevantes círculos académicos e intelectuales del continente.

Palabras claves: Colonialidad del saber, América Latina, posoccidentalismo, nuevo pensamiento crítico.

Abstract

It is proposed to highlight the coloniality of knowledge within the social sciences in Latin America and appeals to theories immersed in the debate organized around the new paradigm, postwesternism. To understand the regional expansion of this coloniality, the first section resorted to a transdisciplinary methodology on the formation of a knowledge for the studies of the society, the scientific-rational, in particular the global positioning of the Cartesian method as the foundation of scientific knowledge; the second, revises the institutionalization of the social sciences and the Assigned Mission: Foundation of faculties and departments in the universities of the region, grouping the disciplines and professionals in charge of studying the society in its components. These were the mechanisms to preserve the coloniality of knowledge in relevant academic and intellectual circles of the continent.

Keywords: Coloniality of knowledge, Latin America, post-Occidentalism, new critical thinking.

Teorías sociales desde América Latina

Introducción

Alentadas por la euforia que acompañó la llegada de la ciencia moderna en el estudio de la naturaleza, durante la primera mitad del siglo XIX aparecieron distintas disciplinas preocupadas por entender las transformaciones económicas, políticas, sociales, productivas, territoriales y poblacionales que se suscitaban en distintos lugares del planeta. Estos momentos evidenciaron una significativa inquietud por los cambios en distintos aspectos de la vida, pero sobre todo por el impacto a escala local y global que presentaban desde fines del siglo anterior, sobre todo en Europa Occidental en el proceso de constituirse en centro del renovado orden mundial. Los estudios de la sociedad incorporaron el método y definieron su objeto de estudio, y así llegaron a constituirse en las ciencias sociales.

Tal como se verá más adelante, el origen y posterior institucionalización de las ciencias sociales durante el largo siglo XIX, no puede desvincularse del conflictivo proceso que condujo al surgimiento de los estados modernos en Europa Occidental, pero también con el aún más violento proceso que condujo al moderno sistema internacional. Uno cuyo origen es posible ubicar a inicios del siglo XVI, con la invasión de las tierras que de manera posterior quedaron integradas en el sustantivo América Latina. Un sistema que trescientos años después se fortaleció con la expansión planetaria del capitalismo industrial, teniendo al lado los primigenios principios del institucionalismo liberal. De igual manera, el florecimiento colonial de varios estados europeos por Asia y África, más el expansionismo de Estados Unidos en América Latina, ya que ambas influyeron en la trayectoria histórica de regiones y países, pero además están directamente asociadas con la difusión a escala global del occidentalismo en tanto ideología y episteme en que se fundó Occidente.

El marco precedente ayuda a entender la importancia que adquirieron las ciencias sociales en medios decisores de política al interior de los países capital-colonialistas. En relación con estas últimas, si bien es cierto que los pioneros se ubicaron en Alemania con el desarrollo de la sociología política, y en Inglaterra con sus tempranos estudios en historia del sistema internacional, quien más ha destacado en ambas fue la academia ubicada en Estados Unidos, luego que este país se constituyera en hegemónico una vez finalizada la guerra.

Entonces, para entender la exitosa difusión de las ciencias sociales a escala global, en el primer acápite recorro a un análisis de carácter transdisciplinar para así entender la formación del conocimiento científico. Por eso se dedica especial atención al surgimiento y posicionamiento del método cartesiano como fundamento del saber científico, enfatizando en las múltiples separaciones que trajo consigo su aplicación en el estudio de cualquier tipo de sociedad. Para adelantar este debate, se apela a las teorías contenidas en el nuevo pensamiento crítico latinoamericano, el paradigma otro del posoccidentalismo, cuyo origen y propuestas se detallan.

En el segundo acápite, se revisa parte del proceso por medio del cual las ciencias sociales en América Latina estuvieron (están) basadas en aspectos epistemológicos centrales para el sostenimiento de la colonialidad del saber, estudiando el grado de institucionalización que lograron por medio de la organización de facultades y departamentos aglutinantes de las disciplinas. Esto facilitó la llegada de un número importante de profesionales formados con los principios de la ciencia moderna en el estudio y conocimiento de la sociedad.

La disciplinarización del conocimiento es una variable que atraviesa ambos acápites, y se destaca en tanto está relacionada con un mayor interés del Estado-nación por afianzar su desempeño como actor principal en la consecución del orden interno, para a su vez alcanzar un lugar más destacado en los órdenes regional y global. Las ciencias sociales adquirieron sentido con la misión adquirida desde sus orígenes por aquel tipo de Estado, su posterior consolidación y los múltiples intentos por replicarse en distintos lugares del planeta.

Este ensayo utiliza una variable poco tomada en cuenta en los estudios sociales en América Latina, me refiero a la relación que se construyó entre ciencia y política. Tiene que ver con la disciplinarización del conocimiento pues fue la expresa voluntad de científicos y políticos, por comprender de manera racional todo aquello que estuviera al alcance de su observación, análisis e intervención, para así y a través de la opinión experta, contribuir en el sostenimiento o modificación de lo que se va conociendo. De allí quizá les provenga a las ciencias sociales, en particular a los estudios políticos e internacionales, una de sus características más notorias: el estadocentrismo.

El Occidentalismo en América Latina. Miradas que lo cuestionan

Como ha sido señalado por múltiples autores, el racionalismo con el cual se fundó la ciencia moderna condicionó su constitución como un producto plenamente eurocentrado. La particularidad en que se fundó la ciencia buscó y alcanzó importantes avances debido a su posicionamiento como fundamento de un conocimiento que pasó a verse como universal, pero donde tampoco se puede obviar su aceptación por cuestiones que trascienden lo intelectual o académico. Así que empiezo diciendo que la ciencia se constituyó en base de las denominadas geopolíticas del conocimiento, en tanto se le considera:

una estrategia medular del proyecto de la modernidad; la postulación del conocimiento científico como única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y la naturaleza –como conocimiento que se crea “universal”, oculta, invisibiliza y silencia las otras epistemes, (al mismo tiempo que) los sujetos que producen este “otro” conocimiento. (Walsh, 2005, p. 17).

Esta afirmación sería el punto de partida para entender las consecuencias que trajo la organización y funcionamiento de las ciencias sociales en América Latina, aquellas que forman parte de distintos proyectos de investigación avanzados en el continente durante las últimas dos décadas. Estos han quedado inscritos en un innovador espacio académico, el nuevo pensamiento crítico latinoamericano, quienes asumiendo el proyecto epistemológico de la modernidad-colonialidad consiguieron un proyecto intelectual y político de alcance regional.

El Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos fue su origen a mediados de la década del noventa, pero también puede considerársele heredero del pensamiento latinoamericano formado en décadas anteriores. Recordemos que en los años sesenta y setenta, tuvimos lecturas e interpretaciones que aspiraban a una ciencia social latinoamericana, teniendo de por medio importantes debates sobre los enfoques teóricos y metodológicos de la filosofía y la teología de la liberación. Súmenle la búsqueda por una ciencia autónoma a través de la investigación acción participativa y la educación popular, al tiempo que la teoría de la dependencia adquiría una importante difusión a escala global, donde los conceptos de capitalismo dependiente y colonialismo interno fueron objeto de un extenso y bien fundamentado debate (Escobar, 2005, p. 64).

En la década del ochenta se le unieron los aportes sobre posmodernidad en tanto una teoría crítica de la modernidad, mientras que en la del noventa el debate se fortaleció con el ingreso de las nociones de hibridez en el análisis de la cultura y el campo de la comunicación. Finalizando el siglo XX es que se incorporan las propuestas procedentes del Grupo Sur Asiático de Estudios

Subalternos, las teorías poscoloniales, la filosofía africana y los llamados estudios culturales (Escobar, 2005, p. 65).

Con todo ello es que el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos organiza un paradigma otro, posoccidental le denomina el semiólogo argentino Walter Mignolo, quien considera que no debe ser pensado como una forma de entendimiento alternativo u otro paradigma, pues con ello se estaría buscando interpretaciones y soluciones desde el paradigma de la modernidad. No es con la ciencia racional y las disciplinas que ella produce, sino que más bien propone al posoccidentalismo como una forma de interpretar y transformar desde las particularidades que habitan en el continente.

El análisis con el paradigma otro se justifica, pues sus integrantes prácticamente han consensuado el carácter colonial del conocimiento existente en la región. ¿Cuándo empezó el proceso que condujo al concepto colonialidad del saber? Quizá conocer los orígenes del método científico, el racionalismo y su relacionamiento con la expansión europea-colonial, ayude a responder esta inquietud. En relación a lo primero, fue el matemático y físico francés Descartes, quien estableció la importancia de utilizar principios metodológicos como los matemáticos, con la finalidad de secularizar el conocimiento y pensamiento europeos de la época. Crítico de la hegemonía alcanzada por el cristianismo, una de las ideologías constitutivas de la civilización occidental, propuso conocer dejando de lado las pasiones humanas e ir dividiendo ciertas unicidades, para así alcanzar un conocimiento más objetivo.

Según el sociólogo jamaicano Stuart Hall (2010, p. 371), Descartes diseñó una estrategia con la cual acceder al conocimiento, diferenciando la llamada “sustancia espiritual (materia)” de la “sustancia pensante (mente)”, y con esta separación darle respuesta a una de las preocupaciones de la filosofía occidental, la reducción del objeto de conocimiento a sus componentes fundamentales. Al tiempo posicionó en el centro de la mente a un sujeto, el imaginado en la dieciochesca ilustración europea, caracterizado entonces por su natural capacidad para razonar sin los impedimentos procedentes de las pasiones que gobernaban el espíritu.

Por su lado, el sociólogo peruano Aníbal Quijano ha señalado que el gran logro del método cartesiano fue “la mutación del antiguo abordaje dualista sobre el “cuerpo” y el “no-cuerpo”, algo tan propio de múltiples y diversos pueblos originarios alrededor del mundo. La condena de las unicidades se unificó en el término metafísica, y se consideró que solo la luz de la razón iluminaría el camino al conocimiento. Alguna de las consecuencias que trajo esta propuesta fue reseñada por Quijano cuando señaló que la maximización en el uso de:

La razón no es solamente una secularización de la idea de “alma” en el sentido teológico, sino que es una mutación en una nueva identidad, la “razón/sujeto”, la única entidad capaz de conocimiento “racional”, respecto del cual el “cuerpo” es y no puede ser otra cosa que “objeto” de conocimiento. Así el “cuerpo”, por definición incapaz de razonar, no tiene nada que ver con la razón/sujeto. (Quijano, 2000, p. 224).

Desde finales del siglo XVIII Europa muestra un generalizado desencanto con su pasado medieval, de acuerdo con la mitología ilustrada, el racionalismo contenido en el conocimiento adquirido estaba conduciendo a un momento epistemológico cualitativamente distinto. Pasó a pensarse que una vez derrumbados los muros del dogmatismo naturalista o eclesial, no había impedimentos para que la creatividad humana cambiara los órdenes existentes, dando forma a un momento clave en la historia de Occidente, pues allí se establecieron las condiciones para ingresar en una nueva etapa en la historia del mundo entero.

Así quedaron sentadas las bases de un proceso donde el conocimiento originado en Europa, reprimió “las formas de producción de conocimiento [no europeos...], sus patrones de producción de sentidos, su universo simbólico, sus patrones de expresión y de objetivación de la subjetividad”, recurriendo a una serie de inusitados movimientos en el campo de los discursos, teológico primero y racional después. Es un proceso de larga duración que no concluye, pues se constata en la “colonización de las perspectivas cognitivas, de los modos de producir u otorgar sentido a los resultados de la experiencia material o intersubjetiva, del imaginario, del universo de relaciones intersubjetivas del mundo, de la cultura en suma” (Quijano, 2000, p. 210).

El sociólogo venezolano Edgardo Lander ha ensayado una síntesis del proceso dirigido al dominio del conocimiento. Teniendo como referentes teóricos a estudiosos de la ciencia, seguidores de los métodos genealógico y arqueológico en sus búsquedas, concluyó que los saberes modernos son producto de dos dimensiones históricamente asociadas, con las cuales se garantizó su eficacia naturalizadora. La primera está referida “a las sucesivas separaciones o particiones del mundo de lo “real” que se dan históricamente en la sociedad occidental y las formas como se va construyendo el conocimiento sobre las bases de este proceso de sucesivas separaciones” (Lander, 2000, p. 20).

Como se anticipó líneas arriba, las consecuencias de esta dimensión fue la separación mente-cuerpo, sujeto-objeto, ciencia-fe, induciendo al vaciamiento espiritual del cuerpo en aras de constituir un sujeto racional por naturaleza, tal como lo refrendaron los pensadores de la modernidad. El concepto de sujeto de la ilustración elaborado por Stuart Hall, es de utilidad para comprender este proceso, puesto que está basado:

en una concepción del sujeto humano como individuo totalmente centrado y unificado, dotado de las capacidades de razón, consciencia y acción, cuyo centro consistía de un núcleo interior que emergía por primera vez con el nacimiento del sujeto y se desplegaba junto a éste, permaneciendo esencialmente igual –continuo o idéntico a sí mismo– a lo largo de la existencia del individuo. (Hall, 2010, p. 364).

La segunda dimensión “es la forma como se articulan los saberes modernos con la organización del poder, especialmente las relaciones coloniales/imperiales de poder constitutivas también del mundo moderno”. Para los receptores de los saberes modernos, aquello significó pensar nuestras/sus realidades según los patrones ideológicos contenidos en el proyecto de la modernidad, hablando de su manifestación como pensamiento científico, pero fue también la aceptación de ese régimen colonial de dominación sobre el poder, el saber y el ser (Lander, 2000, p. 14).

El filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez habla de una *hybris* del punto cero, cuya formación puede explicarse con el método genealógico. Aquella es una episteme que conlleva la larga duración, pues sus orígenes se remontan al periodo comprendido entre 1492 y 1700, en que se produce la invasión e implantación del sistema colonial en América y al que se le considera formativo del sistema internacional. Una crítica de los aspectos que componen el modelo fue esa separación entre sujeto y objeto, puesto que se cuestiona la neutralidad y el unilateralismo que fundamentan las ciencias sociales:

Como Dios, el observador observa el mundo desde una plataforma inobservada de observación, con el fin de generar una observación veraz y fuera de toda duda. Como el Dios de la metáfora, la ciencia moderna occidental se sitúa fuera del mundo (en el punto cero) para observar al mundo, pero a diferencia de Dios, no consigue obtener una mirada orgánica sobre el mundo sino tan sólo una mirada analítica. (Castro-Gómez, 2007, p. 83).

Al lado de aquella consagración disciplinar a la objetividad, la neutralidad y las múltiples separaciones, al interior de las ciencias sociales quedó establecido que el conocimiento producto de la investigación científica alcanzaba el rango de universal. Una vez más y desde su particularidad histórica, Occidente continuó elaborando ideologías universales, donde las últimas versiones y ocultas tras el manto de conocimiento científico, lograron expandirse alrededor del mundo al considerarse naturalmente superiores. El nuevo pensamiento crítico latinoamericano considera a las ideologías en que Europa fundamenta su dominio intelectual, formando un todo denominado occidentalismo.

Este último sería un tipo de ver el mundo integrado por las ideologías y correspondientes formas de organización políticas surgidas en Europa durante los

últimos 500 años en distintos lugares del planeta: el absolutismo monárquico o constitucional, el imperialismo y el sistema colonial, el republicanismo federal o unitario, el liberalismo, el socialismo o conservadurismo, la democracia de los estados modernos y la voluntad de dominio por igual. Es una ideología surgida en un medio muy particular lo cual no fue impedimento para expandirla en un proceso mediado por el racionalismo. Es un proceso que invisibiliza la superioridad incorporada en aquella epistemología, como el carácter instrumental que iba adquiriendo.

A comienzos del siglo XX surgieron pensadores cuya obra validó la tradición intelectual fundamentada en el occidentalismo, quienes además establecieron que la moderna civilización ya no se basaba en el pasado judeo-cristiano o helenístico-romano, las fuentes mismas de la latinidad según esta tradición, sino que se había organizado sobre la base del trabajo, inventiva y curiosidad científica de distintos pueblos europeos desde antes de la revolución científica. Es así como se logró que el imaginario modernizante se fortaleciera, conforme sus impulsores argumentaban que estaban terminando con la metafísica subjetividad que había gobernado Europa durante casi 12 siglos.

Un aspecto que no se consideró fue que pragmatismo y utilitarismo se asociaron, para contribuir en la formación de un nuevo esquema de dominación, basado en la racionalidad del pensamiento ilustrado. Entrando en la tercera década del siglo pasado, una crítica a la modernidad desde la modernidad misma, fue realizada por los integrantes de la Escuela de Frankfurt, quienes la consideraron un proyecto inconcluso puesto que perdió su origen liberador, para fortalecer un proceso destinado a legitimar las diferencias entre civilizaciones, sociedades, territorios, religiones. Fue justificar la diferencia desde la teoría para luego con el discurso y la acción, instituir la desigualdad entre seres humanos, territorios, poblaciones y sus correspondientes epistemologías.

En todo caso, el occidentalismo no es posible desvincularlo del ascenso global tenido por regiones de Europa, pues “como sistema de clasificación (...) da expresión a formas de diferenciación económica y cultural en el mundo moderno”. Pero es más que eso, dijo el antropólogo venezolano Fernando Coronil, ya que al asociarse con las asimetrías que el capitalismo estableció a escala internacional, se constituyó en una forma de saber hegemónico, expresión del poder recién constituido. En últimas, fue “la expresión de una relación constitutiva entre las representaciones occidentales de las diferencias culturales y la dominación mundial de occidente”, donde ciertas prácticas representacionales se constituyen en hegemónicas, y con ellas se establecieron los criterios para clasificar distintas concepciones del mundo. Según Coronil, las prácticas representacionales enmarcadas en el occidentalismo alcanzan estos logros porque:

1. Separan los componentes del mundo en unidades aisladas;
2. Desligan historias relacionadas entre sí;
3. Transforman la diferencia en jerarquía;
4. Naturalizan dichas representaciones; y, por lo tanto,
5. Intervienen, aunque inadvertidamente, en la reproducción de las relaciones asimétricas de poder existentes (Coronil, 1998, pp. 131-132).

Así pasó a hablarse de la universalidad de la teoría, al tiempo que, desde distintas instituciones, puedo mencionar universidades o sociedades científicas, se difundieron criterios como la infalibilidad y predictibilidad del conocimiento científico. Incorporadas estas variables en el método, es que se induce a un conocimiento caracterizado por el abandono de las incertidumbres, y la búsqueda de la verdad se le facilitó al investigador pues al romperse la unicidad sujeto-objeto, la subjetividad de la cual era portador quedaba inutilizada. ¿Cómo se llegó a una situación en donde el conocer-saber pasó a ser atributo de miembros de determinada civilización y su correspondiente ideología? La respuesta se encuentra en la colonialidad del saber, surgida luego que se produjo la “ruptura con el modo como la naturaleza era entendida, no solo en el interior de Europa sino en todas las culturas del planeta” (Castro-Gómez, 2007, p. 81).

Durante el período que contiene el renacimiento y la ilustración, se cuestionó la milenaria imbricación entre el ser humano y su entorno, esa “visión orgánica del mundo, en la que la naturaleza, el hombre y el conocimiento formaban parte de un todo interrelacionado”. Es así que la colonialidad del saber en tanto condición de la modernidad, se sostiene en que la visión orgánica del mundo fue subalternizada por un conocimiento, cuya función principal fue “ejercer un control racional” sobre su origen, reduciendo la complejidad de lo que se estudia y conoce sobre la base de dividir y clasificar. El objetivo fue lograr “la descomposición de la realidad en fragmentos con el fin de dominarla” (Castro-Gómez, 2007, p. 81-82).

El origen está en la propuesta metodológica contenida en *El discurso del método* y en las *Meditaciones metafísicas* de Descartes, pues allí adquirieron sentido los distanciamientos basados en ser objetivos, primer paso en el logro de la neutralidad valorativa. Elementos tan importantes para Emile Durkheim en sus *Reglas del método sociológico*, y para todos aquellos que aceptaron la ciencia y su método. El sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos ha denominado estas separaciones como fundamento del pensamiento abismal, el mismo que trajo una consecuencia bastante seria para las epistemologías no occidentales² pues el conocimiento moderno asumió el dominio sobre “la distinción universal entre lo verdadero y lo falso” (Santos, 2010, p. 13).

Resulta importante dejar establecido que las distinciones fueron más que nada líneas de separación basadas en la exterioridad/interioridad, nosotros/otros, superioridad/inferioridad, civilizado/primitivo, dicotomías casi siempre vistas y conceptualizadas desde el lado de la línea divisoria que el mismo Occidente trazó. Según Boaventura de Sousa Santos, fue una línea establecida en aras de la naciente voluntad moderno-imperial por diferenciarse de formas de conocimiento y de regulación, consideradas desde entonces como representantes del pasado. Asumiendo primero la teología, luego la razón más las verdades filosóficas alcanzadas desde su lado de la línea, el pensamiento abismal descalificó e invisibilizó las formas de conocimiento que estaban del otro lado de la línea.

Santos destaca un criterio metodológico utilizado por miembros de distintas comunidades académicas para hacer notar que lo producido por fuera de lo occidental institucionalizado, casi siempre, carece de validez: la relatividad. Esta sería una de las tantas deudas transferidas por el occidentalismo a los llamados intelectuales de la periferia, pues no se tomó en cuenta que el relativismo está inserto en la tradición occidental. Añadiría que el paradigma de la ciencia moderna hace buen tiempo entró en crisis, más aún cuando el deterioro del relativismo occidental ha tendido a agudizarse, debido a que la siempre inferiorizada alteridad le confronta con ideas que ponen en duda su capacidad para comprender acontecimientos particulares. Es hacerle ver al pensamiento abismal que la interpretación proveída desde su fragmentada visión del mundo fue errónea, pues pensó y actuó por considerar que:

Al otro lado de la línea no hay un conocimiento real; hay creencias, opiniones, magia, idolatría [...] las cuales [...] podrían convertirse en objetos o materias primas para las investigaciones científicas. Así, la línea visible que separa la ciencia de sus otros modernos crece sobre una línea invisible abismal que coloca, de un lado, la ciencia, la filosofía y la teología y, del otro, conocimientos hechos inconmensurables e incomprendibles, por no obedecer ni a los métodos científicos de la verdad ni a los de los conocimientos, reconocidos como alternativos, en el reino de la filosofía y la teología. (Santos, 2010, p. 14).

Resulta evidente que los estudios de la sociedad abandonaron la abstracción teórica, pues esta sería campo de la filosofía y el ensayo su medio preferido de narración, y le abrieron paso a un conocimiento producido de manera intensiva con el uso del referente empírico. El concepto de sujeto sociológico formulado por Stuart Hall, adquiere sentido al leerse este proceso pues aquel llega a interpretar sobre la base de ignorar:

(...) la complejidad creciente del mundo moderno y la consciencia de que el núcleo interior del sujeto no era autónomo y autosuficiente, sino que se formaba con relación a los otros cercanos, que transmitían al

sujeto los valores, significados y símbolos de los mundos que habitaba. (Hall, 2010, pp. 364-365).

Con un reduccionismo metodológico de origen, se podía acceder al conocimiento de las leyes que rigen el funcionamiento de las sociedades. Según Boaventura de Sousa Santos, los fundadores de esta tradición fueron Bacon, Vico y Montesquieu, pues ellos establecieron criterios fundadores para los estudios sociales, por ejemplo, cuando Bacon afirmaba que la naturaleza humana por su plasticidad, es transformable en aras de alcanzar su perfectibilidad. Por su lado, Vico estableció la “existencia de leyes que gobiernan deterministamente la evolución de las sociedades y tornan posible prever los resultados de las acciones colectivas”, mientras que a Montesquieu lo considera como un antecedente fundamental en la organización de la sociología del derecho. Fue quizá el primero en establecer desde el occidentalismo una relación entre formas de organización política, lo jurídico-normativo, y las formas de gobierno con las ya conocidas leyes de la naturaleza (Santos, 2009, p. 27).

Montesquieu asociaba climas templados con el orden político y climas tropicales como favorables al despotismo, para así legitimar conceptos muy propios de la exterioridad que define a un continente como salvaje o convierte a civilizaciones enteras en pueblos primitivos. Según el educador ecuatoriano Patricio Noboa, en el horizonte moderno colonial se legitima la intervención a escala regional o local, pues allí quedaron fijados elementos como la misión civilizadora y la visión homogeneizadora. Entre ambas pudieron funcionar y prolongar su existencia mediante un sistema de exclusión y negación afincado en un Estado, que entonces buscaba también tener nación. (Noboa, 2005, p. 80).

Teniendo de por medio las variables aquí mencionadas, los seguidores del pensamiento científico asumieron la mayor objetividad y pasaron a utilizar la neutralidad valorativa, pues ambas fueron contempladas como reglas fundamentales del método científico. Desde Auguste Comte hasta Max Weber pasando por Karl Marx, Emile Durkheim, David Ricardo, Hans Morgenthau o Edward. H. Carr, estudiosos de la política, sociedad, sistema internacional, economía, cultura o religiones, coincidieron en el principio metodológico para el conocimiento: “El material fáctico, la materia es proporcionada desde fuera. La ciencia se encarga de su formulación clara e inteligible, a fin de que los conocimientos puedan ser manejados como se desee” (Horkheimer, 1970, p. 234).

Tal como lo señala Stanley Hoffman para el campo de las relaciones internacionales, la que él denomina una ciencia social americana, cuando la racionalidad entra en su fase del iluminismo aplicado fue instrumentalizada a través de los medios que sostienen el poder, quienes a su vez se habían constituido en los administradores de las instituciones donde aquella radica (1991, cap. 1). Esto significó que, desde universidades y sociedades científicas, se le buscara utilidad

a todo lo producible en laboratorios y centros de investigación, pues el producto podía proceder de cualquier disciplina, pero su importancia radicaba en que era necesario para el desarrollo y bienestar de la población. Así quedaba oculto que el conocimiento servía para elaborar e implementar políticas destinadas a afianzar las nuevas relaciones de poder, justo en los momentos que la civilización y la tradición política occidental se constituían en hegemónicas a escala global.

Para los seguidores del racionalismo, entonces, ya no había lugar para un conocimiento basado en la subjetividad del individuo que lo produce, simplemente estaba liberado de los prejuicios valóricos, ideológicos y culturales de quien lo buscaba. Por eso es que finalizando el siglo XIX, con la difusión de las ciencias sociales, Santos (2009) considera que:

A partir de entonces puede hablarse de un modelo global de racionalidad científica que admite variedad interna pero que se distingue y defiende, por vía de fronteras palpables y ostensiblemente vigiladas, de dos formas de conocimiento no científico (y, por lo tanto, irracional) potencialmente perturbadoras e intrusas: el sentido común y las llamadas humanidades o estudios humanísticos. (p. 21).

La abstracción del entorno posibilitó mirar con los lentes que la racionalidad trajo consigo, y así se generó la oportunidad de conocer teniendo como punto de partida, la anulación de todo aquello que había condicionado la existencia de conocimientos calificados como prelógicos o precientíficos. Por eso Santos (2009) precisa que “la nueva racionalidad científica es también un modelo totalitario, en la medida en que niega el carácter racional a todas las formas de conocimiento que no se pautaran por sus principios epistemológicos y por sus reglas metodológicas”; añade a la vez que esta nueva condición es “su característica fundamental y la que mejor simboliza la ruptura del nuevo paradigma científico con los que lo preceden” (Santos, 2009, p. 21).

El logro del conocimiento científico basado en la objetividad, necesitó ubicar a los estudiosos de la sociedad en un lugar de observación caracterizado por ser neutral, espacio desde el cual pueden abstraerse de su realidad pues es un lugar libre de cualquier tipo de pertenencia, ajeno a las contingencias de tipo lógico que las sociedades han adquirido a partir de observar sus especificidades. Fue que en momentos durante los cuales se iba reescribiendo la historia de Occidente, categoría geocultural posicionada como centro de un sistema cada vez más planetario, diversas formas de organización social productoras del llamado sentido común, fueron consideradas objetos de estudio.

La *hybris* del punto cero referencia el interés de los seguidores del pensamiento científico, por establecer un punto de partida ajeno, distinto en sus orígenes a partir del desconocimiento de lo previamente existente. En la elaboración de este discurso se le otorgó un importante rol a la clasificación, trayendo

por ejemplo que los integrantes de sociedades ubicadas en lugares distintos a donde surgieron las ciencias sociales, fueran catalogados como resistentes al cambio, renuentes a la modernización y al desarrollo, impedimentos para la democracia liberal. Hoy se argumenta sobre su incapacidad en participar activamente en el proceso globalizador, pero también se les niega la capacidad de producir conocimiento y teoría.

El siglo XIX es un período donde se unieron varias condiciones que transformaron el mundo, a pesar de haberse originado en un continente. Menciono algunos de los más relevantes: el crecimiento económico sostenido en la industrialización teniendo al lado la innovación científica y tecnológica, la expansión del capitalismo con la edificación del mercado internacional y la organización del moderno imperialismo. Todo esto vino acompañado de imposiciones ideológicas, culturales y políticas, utilizando conceptos que fueron constituyéndose de alcance universal tales como república, democracia, Estado-nación o libertad. Con todas estas condiciones se afectó de manera muy severa, la vida de millones de seres a escala global, y es el territorio de la hoy América donde se inició tal proceso en 1492.

Se tuvo así un escenario donde los significados se disputaron como parte de la nueva subjetividad en expansión, y también definieron los mecanismos utilizados en el afianzamiento de la colonialidad del saber. Por ejemplo, el hecho de la cultura que más lejos había llegado en su desarrollo o modernización, mayor posibilidad tuvo para expandirse a escala global en tanto instrumento del flamante Estado-nación. Por ejemplo, a través de la narrativa y políticas del nacionalismo, aquella se volvió portadora de una identidad excluyente, donde poca cabida tuvieron quienes pasaron a formar parte de la naturaleza o la tradición.

La diferencia quedó relegada con la hegemonía adquirida por un concepto de civilización que quizá fue hasta libertaria en su concepción original, pero pensando que el universalismo alcanzado se legitimaba en la organización de una ciencia objetiva, conducente a la autoridad de una moral universal reglada por leyes neutrales y autónomas. De igual manera, la sociedad estaría regulada por su propia lógica y, en últimas, progresaría lo moral como fundamento de la felicidad de quienes integraban el concepto de humanidad. El truncado proyecto de la ilustración según la Escuela de Frankfurt, y que fue uno de los soportes para buscar cambios de trascendencia en los órdenes que regulan el mundo de la vida.

Es así que el desplazamiento de los saberes por el conocimiento científico, se relacionó con dos desplazamientos de tipo ideológico: primero fue el renovado proceso de territorialización y desterritorialización, y luego la imposición de un nuevo contenido al concepto de civilización. El filósofo colombiano Óscar Guardiola (2003, p. 113), considera que los primeros actuaron a través de

modelos disciplinarios como la geografía, la lingüística y el derecho; mientras que el urbanismo y las ciencias sociales, sobre todo la antropología, coadyuvaban a que la cultura dominante fuera entendida como parte de un proceso histórico, basado en el esquema de ascenso progresivo fundado en el dominio de la razón occidental.

Será entonces que el proceso conducente a este doble desplazamiento, estableció las condiciones para una exclusión de carácter epistemológico. Es lo que Eduardo Mendieta (1998) encontró en la organización de las cartografías cognitivas geopolíticas, las cuales al ser parte del mismo proyecto universalista se encargaron de legitimar y desautorizar pronunciamientos, podemos decir también saberes, priorizando el lugar donde se origina el enunciado (p. 152). Así, la modernidad se fundó con el privilegio otorgado a la episteme del conocimiento científico-occidental, “única forma válida de producir verdades sobre la vida humana y sobre los procesos de la naturaleza”, y por esa razón tan elemental es que el saber moderno se construyó “sobre el supuesto de que los conocimientos producidos al interior de comunidades no modernas... eran solamente la ‘pre-historia’ de la ciencia: la doxa frente al cual debían levantarse los verdaderos paradigmas del conocimiento” (Walsh, Schiwy y Castro, 2002, pp. 11-12).

En el debate también participa el sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfogel, quien considera que, en la tradición intelectual fundada con la filosofía y las ciencias sociales, se produjeron campos disciplinares encargados de establecer la producción de conocimiento en abstracto y de la sociedad en concreto, pues “el sujeto que habla siempre queda escondido, encubierto y borrado del análisis”. En gran medida, esta situación es producto de la deslocalización étnica, sexual, racial, de clase o de género de aquel que ha pasado a ser objeto de investigación, por lo tanto, se le descalifica como un sujeto capaz de producir conocimiento. La desconexión entre sujeto, conocimiento y relaciones de poder posibilitó que la filosofía occidental y sus derivados en el campo del saber produjeran lo que Grosfogel (2006, p. 151) ha denominado un “mito universalista que encubre, esto es, que esconde quién habla y cuál es la localización epistémica en las estructuras de poder desde la cual ese sujeto habla” Esto quizá nos ayuda a entender por qué hasta el día de hoy, se argumenta sobre la poca capacidad de académicos e intelectuales latinoamericanos para elaborar teoría.

Institucionalización y centralidad del conocimiento. Elementos en cuestión

En medio de los conflictos que asolaron Europa durante el siglo XIX, quedó establecida la necesidad de tener los consejos de los científicos sociales, pues estos no solo contribuirían a entender los cambios que trajo la transformación económico-productiva de la época, sino que también podrían aportar al

procesamiento de los cambios de manera racional. Todo ello debía hacerse sin sobresaltos ni alteraciones del orden interno, luego de la traumática experiencia que para muchos significó la revolución francesa en 1789, y las posteriores oleadas revolucionarias de 1830 y 1848 (Wallerstein, 1998, p. 11). En tal sentido, es posible establecer que ciencias sociales y poder se relacionaron en el siglo XIX, cuando se pidió a los fundadores e integrantes de las disciplinas, contribuir en el sostenimiento de los absolutismos monárquicos, como también en la organización del Estado liberal.

En su difundido libro *Abrir las ciencias sociales*, los miembros de la Comisión Gubelkian liderados por Immanuel Wallerstein, las ubicaron como productos originados en aquellos lugares donde se implantó el liberalismo industrial, tanto en la organización de la economía y de la política como en la sociedad y la cultura. Mencionan de manera inicial a cinco países: Inglaterra, Francia, Alemania, “las Italias”, los Estados Unidos y de manera algo paradójica se reconocían a cinco disciplinas: historia, economía, sociología, ciencia política y antropología (1998, pp. 16-17). Al lado de esta nacionalista repartición en su organización, los miembros de la comisión consideraron que parte de relevantes equívocos, fue producto de la cada vez mayor incomunicación y división existente entre ellas.

Así han sostenido que la búsqueda por la diferenciación, acompañó a las ciencias sociales desde sus orígenes y aquella se fortaleció, con la organización de carreras profesionales en las instituciones donde se iba produciendo y administrando el saber científico. Entonces es perfectamente comprensible que la institucionalización de las ciencias sociales, se haya relacionado con una de las características de la ciencia moderna: su fragmentación en conocimientos cada vez más especializados. Así se dio inicio a una historia intelectual basada en la “disciplinarización y profesionalización del conocimiento, es decir, por la creación de estructuras institucionales permanentes, diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento y reproducir a los productores de conocimiento” (Wallerstein, 1998, p. 9).

Puedo afirmar que los aislamientos a su interior, fueron consecuencia de la búsqueda por una mayor especialización entre y dentro de las disciplinas. Esta parte del proceso las volvía más rigurosas, pues mientras más restrictiva sean las disciplinas en la definición de su objeto de estudio, mayores posibilidades tendrán los investigadores de acceder a la verdad contenida en sus hipótesis. El sentido de totalidad se perdía y así quedaba resuelto el dilema básico de la ciencia, pues la rigurosidad del conocimiento:

 aumenta en proporción de la arbitrariedad con que compartimenta lo real. Siendo un conocimiento disciplinar, tiende a ser un conocimiento disciplinado, esto es, segrega una organización del saber orientada

[a ...] vigilar las fronteras entre las disciplinas y reprimir a las que quisieran traspasarlas. (Santos, 2009, p. 47).

En el debate sobre la diferenciación es que Edgardo Lander propuso que las disciplinas se organizaron alrededor de aspectos muy puntuales, como los estudios políticos, internacionales, económicos y sociales, y ellos fueron “concebidos propiamente como regiones ontológicas de la realidad histórico-social”, y a cada uno se le fueron asignando tareas cada vez más específicas con su respectivo grado de institucionalización. Las ciencias sociales se iban separando de su realidad y a la vez reafirmaron su autonomía organizacional, por medio de una burocracia que hasta ahora vigila el correcto comportamiento de los científicos en el ejercicio de su profesión.

El proceso de diferenciación reseñado líneas arriba, condujo a lo que Santiago Castro denomina la estructura arbórea del conocimiento, la cual sería una armazón académica e institucional organizada en el lugar y tiempo que, desde su fundación, reúne la producción científica en Occidente: la universidad. La estructura arbórea como su fundamento organizacional, fue parte de las separaciones que se produjeron al interior de la ciencia en Occidente, y con ella se dio forma a un tipo de administración del conocimiento en donde se estableció que no solo tiene jerarquías, sino también límites claramente demarcados, los cuales “marcan la diferencia entre unos campos del saber y otros” (Castro-Gómez, 2007, p. 81).

Al mismo tiempo, la autonomía resguarda las tradiciones en la producción y transmisión del saber, y garantiza la vigencia de los saberes modernos por medio de mecanismos como los departamentos universitarios, o como sucede en la actualidad con los procesos de evaluación de la excelencia académica, usando métodos mayoritariamente cuantitativos. Detrás de estos objetivos y organización administrativa existiría una cosmovisión de carácter liberal-industrial, la misma que involucra al pensamiento de la modernidad pues se fundamentó en cuatro dimensiones muy propias de esta tradición:

la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso... la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal-capitalista; [...] la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (‘ciencia’) sobre todo otro saber. (Lander, 2000, p. 22).

Entonces, más que una balcanización de las ciencias sociales, el proceso de diferenciar las disciplinas fue una occidentalización que luego se afianzó por la presencia de instituciones estadounidenses. Desde el nuevo centro del sistema internacional, se dio continuidad a la incesante búsqueda del conocimiento sobre las sociedades como también de los espacios que ocupan, designados como

locales, regionales o transnacionales y donde el positivismo siguió actuando como el método predilecto.

Continuando con los argumentos en perspectiva decolonial, es posible entender por qué el canon dominante dentro de las disciplinas, logró también constituirse en un mecanismo de poder, pues se encargó de “fijar los conocimientos en ciertos lugares (por ejemplo, la universidad), haciéndolos fácilmente identificables y manipulables”. Es también el canon de la diferenciación, pues logró establecer “cuáles autores se deben leer (las “autoridades” en el tema o los “clásicos” dentro de la formación disciplinar), cuáles temas son pertinentes y qué cosas deben ser conocidas por el estudiante que opta por estudiar esa disciplina” (Castro-Gómez, 2007, p. 84). La diferenciación dentro de las universidades, adquirió un sentido de trascendencia propio de la filosofía cristiana medieval, llevándolas a formas de dirección no exentas de autoritarismo, las cuales se han sostenido a pesar de la enunciación del principio de libertad como base de su existencia y funcionamiento.

En este aspecto que ha sido parte en la formación de la universidad moderna, Santiago Castro-Gómez considera que un aspecto relevante fue el levantamiento dentro de las instituciones de las fronteras epistémicas, las cuales no podían ser sobrepasadas por los integrantes de otros campos disciplinares. En consecuencia, los profesionales pertenecientes a determinada disciplina se vieron obligados a mantener el canon de la necesaria diferenciación, pues desde ahí pasaron a definir “sus procedimientos y sus funciones particulares”. Para quienes están incorporados en las carreras profesionales, departamentos académicos o facultades, es una normatividad asociada al funcionamiento de la institución, pues ahí definieron el accionar de sus integrantes dentro de la división académico-administrativo de la universidad (Castro-Gómez, 2007, p. 81). Es así que actuando bajo roles de mutua interdependencia, los administradores de las disciplinas construyeron una idea de funciones independientes, que deberían materializarse en las instituciones que concentran el saber y el poder. Entonces cabe preguntarse: ¿dónde quedó la libertad de pensamiento y la autonomía de las instituciones de educación superior?

Por último, Walter Mignolo considera que la “fe en la razón disciplinaria” se convirtió en una suerte de fundamentalismo epistémico, en el esfuerzo por mantener estructuras disciplinarias justificadas en argumentos que invocan el rigor y la verdad, pero que en realidad traducen una reproducción de estructuras de poder (2003, p. 32). Así es posible afirmar que las distintas formas de saber se politizaron en relación con su momento histórico, hablaron de independencia intelectual, pero terminaron cooptados por el proyecto de Estado-nación implementado en los países donde surgieron. Con su institucionalización se articularon al proyecto nacionalista del Estado, pero también quedaron inmersas en el colonialismo que soportó la modernidad.

Lo importante aquí es constatar que un correlato en el proceso de diferenciación de los saberes dentro de las universidades, fue el posicionamiento de las facultades como espacios privilegiados en la administración del conocimiento. Entre sus funciones estuvo organizar las carreras profesionales, lo cual trajo que las disciplinas alcanzaran un mayor grado de difusión entre sectores muy específicos de la sociedad. De manera posterior, es decir durante el siglo XX y con la organización del sistema universitario basado en el departamento académico, política local iniciada en Estados Unidos y difundida en América Latina durante los pasados años 60 y 70, la búsqueda por la diferenciación alcanzó niveles de frenesí.

Una consecuencia lógica en el proceso de institucionalización es que el conocimiento procedente de las universidades, fue durante el siglo XX predominantemente disciplinar. Con el cada vez mayor grado de autonomía que adquirieron las disciplinas, se impuso “un proceso de producción relativamente descontextualizado con relación a las necesidades del mundo cotidiano de las sociedades” (Santos, 2005, p. 25). Considerando que las comunidades académicas fueron quienes decidieron los temas a investigar, las teorías y métodos por utilizar y definían los sujetos y los objetos de la investigación, entonces fue lógico la organización de un sistema reproductor de epistemologías, fundado en el establecimiento de jerarquías entre los integrantes de las disciplinas.

En esta misma línea de argumentación es que Wallerstein y sus colaboradores, en el trabajo ya citado de *Abrir las ciencias sociales* constataron la persistencia de la colonialidad y el colonialismo en una relación que involucra profesionales de distinta procedencia. Aquellas se manifiestan en que académicos e instituciones pertenecientes al llamado primer mundo, se hayan constituido en productores de teorías universalmente válidas, mientras que otras regiones como el tercer mundo, serían las receptoras del conocimiento científico. Una consecuencia de no interactuar de manera crítica, llevó a que muchas de las regiones no occidentales fueran relegadas por las jerarquías surgidas en los campos del saber, la docencia y producción del conocimiento.

La condición para que se produzca este desigual intercambio ha sido aceptar su realización en términos donde los profesionales procedentes de regiones tan distantes en lo geográfico y en lo cultural, por ejemplo, Sudamérica o el sur de Asia, están en una situación de aprender mientras que los procedentes de América del Norte o Europa Occidental están dispuestos a enseñar. Prepotencia difícil de ser subsanada, pues habiéndose construido un orden académico donde inevitablemente intervienen elementos de poder actuantes a escala global, van surgiendo regiones del mundo que producen conocimiento, mientras que otras solo producen cultura. Desde el análisis geopolítico propio de la guerra fría, aquellas regiones fueron también constituidas en objeto de estudio a través de los llamados estudios de área, como el caso de los estudios latinoamericanos.

Ahora bien, quisiera dejar establecido que la organización de la universidad en América Latina, fue integrante de un proyecto educativo pensado como soporte de la modernización, en tanto aportaba a la construcción del siempre deseado Estado-nación. Sobre este último tema, y recurriendo al diagnóstico elaborado por el filósofo francés Jean François Lyotard sobre la situación del saber en Francia, Santiago Castro-Gómez evalúa como se hizo necesario avanzar en su institucionalización, pues estuvo integrado en los proyectos dirigidos a construir un espíritu nacional.

Sabemos que el nacionalismo es una ideología originada en Europa, donde parte importante de sus principios fueron ampliamente utilizados en el proceso que dio origen al Estado moderno. Aquella ideología ocupa un lugar igualmente importante al lado del liberalismo, el conservadurismo o el socialismo, en consecuencia, sería uno más de los discursos en que se sostuvo la modernidad. Lyotard habló de dos grandes metarelatos que fueron usados de manera frecuente en la legitimación de los conocimientos durante la modernidad. El primero sería el de la educación del pueblo mediante la difusión de la técnica, donde formar técnicos llegó a ser prioridad, pues todas las naciones:

tienen derecho a gozar de las ventajas de la ciencia y la tecnología, con el objetivo de “progresar” y mejorar las condiciones materiales de vida para todos... La universidad debe ser capaz de formar...: toda una serie de personajes dotados de capacidades científico técnicas para vincularse al progreso material de la nación. (Castro-Gómez, 2007, p. 80).

En este mismo sentido es que Boaventura de Sousa Santos considera que la creación de universidades públicas, se hizo sobre la base de “proyectos nacionales de desarrollo o de modernización protagonizados por el Estado”, con los cuales fuera posible lograr la “cohesión del país como espacio económico, social y cultural”, mientras que con la organización de los estudios humanísticos, se incluyen las ciencias sociales en esta categoría, se pensó en darle “consistencia al proyecto nacional, crear el conocimiento y formar los cuadros necesarios para su concretización” (Santos, 2005, p. 29).

El segundo metaretrato al que refiere Lyotard es el que le dio importancia al progreso moral, y para ello fue necesaria la educación impartida en las universidades pues así se lograba formar “humanistas, sujetos capaces de ‘educar’ moralmente al resto de la sociedad”. Es decir se encarga a “la universidad busca formar los líderes espirituales de la nación. La universidad funge como el alma máter de la sociedad, porque su misión es favorecer la realización empírica de la moralidad” (Castro-Gómez, 2007, pp. 80-81).

Esta no dejaba de ser una utilitaria misión, pues incorporó mecanismos dirigidos a subalternizar aquellos sujetos que realizaban actividades económicas

propias de su clase, raza o género. La subalternización de actividades quedó establecida como natural al nuevo modelo dentro de las fronteras de los estados europeos, pero lo fue también en las fronteras donde radican las ahora denominadas epistemologías *otras*. Esto último fue el punto de partida en la formación de una subjetividad colonizada, según lo entendió el psiquiatra y filósofo martiniqués Frantz Fanon.

Con la institucionalización de las disciplinas y los principios que fundamentaron su constitución como ciencias, se extendió aún más la difusión del concepto dominante de civilización, trayendo como consecuencia el agravamiento del exilio interior entre las elites académicas y políticas actuantes a escala local, sobre todo cuando se estableció que la única alternativa factible para la región eran la modernidad, el pensamiento y la ciencia occidental. En América Latina convergieron seguidores de la ciencia, pensadores, dirigentes políticos y entre todos ellos asumieron en sus lecturas una continuidad de personajes, eventos e interpretaciones constitutivas de un tipo de conocimiento, el moderno, de una forma de pensar, el racional, y que está geopolíticamente referido como europeo occidental. En clave decolonial, todos ellos fueron los elementos constitutivos de la matriz colonial de dominación vigente aún en distintos campos, incluido el del saber.³

Conclusiones

Se puede afirmar que las ciencias sociales construyeron su identidad, con referentes que negaron las opciones de saber a quienes participaron en un sistema donde las diferencias en raza y cultura pasaron a ser la prueba de su inferioridad cognitiva. Esto significa que desde un territorio muy localizado en término geocultural, Occidente, las ciencias sociales se entendieron como medios para acceder de manera científica a la verdad, adoptando una actitud exclusionaria pues difundieron su historicidad con la negación de los particularismos existentes en los lugares a los cuales llegaron. A pesar de los llamados dirigidos a convencer de las bondades democráticas contenidas en su retórica, el discurso científico devino irremediablemente en la transmisión de una ideología producto del particularismo occidental.

Como se observó, los distintos estudiosos inscritos en el posoccidentalismo, se abocaron a identificar el origen y rol que las ciencias sociales han desempeñado en diversos ámbitos del quehacer académico y político. Entre aquellos se pueden mencionar los aportes procedentes de una lectura realizada desde lo específicamente regional, la cual tuvo como objetivo establecer los vínculos entre las disciplinas y medios decisores de política constituidos y actuantes a distinto nivel. Devino en la utilización del saber disciplinario en el afianzamiento de proyectos adscritos a sectores de la sociedad, llevando ventaja aquellos que han

contado con mayores recursos de poder dentro del Estado-nación, lo que a su vez condujo a un incremento en su capacidad para controlar las instituciones encargadas de producir y administrar el conocimiento.

Las ciencias sociales son un producto occidental, que surgieron en el momento de la modernización capitalista y expansión colonial, por lo tanto, no llegan a ser sino expresiones locales de conocer que, con su temprana ideologización, se definieron como científicas y de alcance universal. Además, sus teorías y propuestas no pueden desvincularse de la instrumentalización positiva con que fueron aceptadas en los medios decisores de política y, de manera consciente o no, sus integrantes contribuyeron al fortalecimiento de las nuevas relaciones de poder surgidas con la industrialización, el capitalismo, el mercado mundial, todas ellas aunadas a la voluntad imperial del Estado moderno.

Las ciencias sociales se difundieron por medio de una narrativa que posiciona en un lugar expectante al pensamiento de la modernidad occidental, un tipo de conocer que se produce desde las experiencias sostenidas en Europa, y a pesar de la ahistoricidad de sus orígenes logró legitimarse en América Latina a través de distintos mecanismos. Entendible pues la llegada del método científico y las teorías para los estudios sociales, se le sumó un tipo de Estado que justo buscaba nacionalizarse como parte del imaginario modernizante. Resulta interesante constatar que es en las universidades públicas de la región, el espacio donde las teorías tradicionales son ávidamente consumidas hasta hoy, manteniéndose así una tradición de encontrar respuestas en lugares epistémicos que hace buen tiempo muestran signos de agotamiento.

Con la consolidación de los estados modernos y sus numerosas instituciones de educación superior e investigación científica, más la organización del sistema internacional liderado por los nacionalistas, pero al mismo tiempo colonialistas estados europeos, rápidamente se logró que el conocimiento producido en aquel continente, adquiriera superioridad sobre otras formas de conocer, aprender y enseñar aún existentes en múltiples civilizaciones. Fue por esa misma época y de manera simultánea, que todas sus expresiones comenzaron a ser redescubiertas por los portadores de la misión civilizatoria en sus nuevos roles: viajeros, historiadores, etnólogos, arqueólogos, antropólogos, médicos-salubristas, y de manera más reciente politólogos, internacionalistas o cooperantes en distintos campos.

Estos apuntes nos ayudan a entender porque desde distintos lugares de enunciación, con sus particulares condiciones académicas, institucionales y epistemológicas, se sigue negando la posibilidad de producir teorías en ciencias a quienes no están insertos en una academia que se reclama cosmopolita, siempre abierta al debate basado en la tolerancia y el respeto por la pluralidad. Administrada por comunidades académicas de alcance global, imponen siempre

limitantes de orden institucional a propuestas que cuestionan su dominio en lo epistemológico, al no estar acordes a los principios que ellas mismas imponen. Con el posoccidentalismo, desde América Latina, se visualiza una propuesta distinta a la tradición intelectual fundada en el positivismo, y este artículo lo asevera como evidencia de esta apuesta.

Notas

- 1 Doctor en Estudios Latinoamericanos, docente-investigador de la Universidad Externado de Colombia.
- 2 La concepción de epistemología (es) una concepción monocultural, geohistóricamente localizada y referencialmente restringida. Es un concepto que tiene que ver con un tipo de conocimiento que en un momento de la historia rompió las fronteras de su ámbito de producción, imponiéndose como universal... (es) la ciencia que se ocupa del estudio crítico del conocimiento científico o de la teoría del conocimiento. (Garcés, 2009, p. 43).
- 3 La colonialidad del poder, el capitalismo, el Estado-nación y el eurocentrismo son también elementos constitutivos de la matriz colonial de dominación, como ha enfatizado Noboa (2005, p. 77).

Referencias

- Castro-Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- (2007). Decolonizar la universidad. La hybris del punto cero y el diálogo de saberes. En S. Castro-Gómez, & R. Grosfogel (editores). *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. (pp. 79-91). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Coronil, F. (1998). Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas. En S. Castro-Gómez, & E. Mendieta, (coordinadores). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. (pp. 121-146). México: University of San Francisco-Miguel Ángel Porrúa grupo editorial.
- Escobar, A. (2005). *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Garcés, F. (2009). *¿Colonialidad o interculturalidad? Representaciones de la lengua y el conocimiento quechuas*. La Paz-Bolivia: Programa de Investigación Estratégica & Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.
- Grosfogel, R. (2006). Actualidad del pensamiento de Cesaire: redefinición del sistema-mundo y producción de utopía desde la diferencia colonial. En A. Cesaire, et al. *Discurso sobre el colonialismo* (pp. 147-160). Madrid: Akal Ediciones.

- Guardiola, O. (2003). Historia de un asesinato por ocurrir, contado a la manera de una novela policíaca. En C. Walsh, (editora). *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*. Quito: UASB y Ediciones Abya Yala.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Lima: IEP-UASB-Instituto Pensar.
- Hoffman, S. (1991). *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Horkheimer, M. (1974). *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lander, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander, (compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Buenos Aires-Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Mignolo, W. (2003). Las humanidades y los estudios culturales: proyectos intelectuales y exigencias institucionales. En C. Walsh (editora). *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina* (pp. 31-57). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar-sede Ecuador & Ediciones Abya Yala.
- Mendieta, E. (1998). Modernidad, posmodernidad y poscolonialidad: una búsqueda esperanzadora del tiempo. En S. Castro-Gómez y E. Mendieta (coordinadores). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate* (pp. 147-168). México: University of San Francisco-Miguel Ángel Porrúa grupo editorial.
- Noboa, P. (2005). La matriz colonial, los movimientos sociales y los silencios de la modernidad. En C. Walsh (editora). *Pensamiento crítico y matriz decolonial. Reflexiones latinoamericanas*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar & Ediciones Abya Yala.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (compilador). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Santos, B. de S. (2010). *Para descolonizar Occidente. Más allá del pensamiento abismal*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-Prometeo Libros.
- (2009). *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Siglo XXI Editores-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- (2005). *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Wallerstein, I. (1998). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales.* (Tercera edición). México: Siglo XXI editores.
- Walsh, C. (2005). (Re)pensamiento crítico y (de)colonialidad. En C. Walsh (editora). *Pensamiento crítico y matriz decolonial. Reflexiones latinoamericanas.* Quito: Universidad Andina Simón Bolívar & Ediciones Abya Yala.
- Walsh, C, F. Schiwiy & S. Castro-Gómez. (2002). Introducción. En *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo andino* (pp. 7-16). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.